

EUROPA TIENE UNA MALA SALUD DE HIERRO

Catedrático de Relaciones Internacionales de la Universidad Complutense de Madrid y Cátedra Jean Monnet sobre Integración Europea. Fue decano de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de 2002 a 2010, implantándose durante su mandato, por primera vez en España, el Grado de Relaciones Internacionales.

Con cuarenta años dedicados en exclusiva a la docencia y la investigación en la Universidad Pública -actualmente en la Complutense y con anterioridad en la Universidad del País Vasco-, Francisco Aldecoa ostenta además un compromiso personal con el proceso de construcción europea que le ha llevado a ser un referente en la materia con decenas de trabajos sobre y para distintos organismos de la Unión Europea. Sus vínculos con el Parlamento Europeo datan de la década de los 80 del siglo pasado, en la que fue asistente de un eurodiputado, y su vocación europeísta de la década anterior, cuando participó en la fundación de la Asociación para la Integración Europea y en el relanzamiento del Consejo Vasco del Movimiento Europeo (nombrado secretario general del mismo, por consenso de los partidos políticos vascos, de 1994 a 2002).

Federalista de convicción, ha participado en más de 200 libros e investigaciones en una decena de lenguas y suma sucesivas participaciones en órganos directivos de diversas organizaciones de promoción y difusión del ideal europeo. Actualmente, a su labor docente e investigadora añade su participación en diversos think-tanks y la vicepresidencia del Consejo Federal Español del Movimiento Europeo.

Basada en esa experiencia y el análisis de las realidades políticas e institucionales de la UE, posee una visión personal sobre el momento que vive la Unión tras el referéndum que aprobó la salida del Reino Unido -brexit-, la crisis económica, la de los refugiados, los nuevos riesgos y amenazas en materia de seguridad y defensa y el reto central de recuperar el impulso al proceso de construcción europea.

TEXTOS: IÑAKI GONZÁLEZ. FOTOGRAFÍAS: TXETXU BERRUEZO

A photograph of a man with grey hair, seen from behind, wearing a dark grey or black pinstriped suit. He is standing on a stone-paved area with some green weeds growing between the stones. In the background, there is a building with light-colored stone walls and a dark doorway. The man's hands are clasped together behind his back. The overall lighting is soft, suggesting an outdoor setting during the day.

FRANCISCO ALDECOA LUZARRAGA



El brexit aporta la oportunidad de desarrollar los asuntos europeos que Londres había vetado. Tras el brexit, Londres ya no tiene con qué presionar: ahora ya se ha producido la explosión

¿Está el proyecto de integración europea pasando sus peores momentos tras la crisis y el brexit?

No comparto la versión catastrofista del momento en Europa. Estamos en un momento de preocupación, pero Europa tiene una salud de hierro. Quizá una mala salud de hierro, pero como la ha tenido siempre. Sin embargo, hemos llegado muy lejos en el proceso federalizador. Estuve en Estrasburgo con el movimiento federalista y tiene la firme convicción de empujar; en Malmö, en materia de integración diferenciada, había que ver el pulmón que traían los del este. Moldavos, rumanos, georgianos, entusiasmados. Incluso británicos, que eran pro europeos y además con el mensaje de que todavía no se ha decidido nada sobre el brexit.

¿Constituye el brexit el mayor riesgo a la estabilidad del proyecto?

El tema del brexit es un problemón, pero tiene aspectos que plantean una oportunidad. La más clara es que los temas que ha vetado el Reino Unido ahora salten. Desde la lógica de la vocación federal, que ya desde el Tratado de Maastricht vetaron. Y, dentro de eso, la defensa, el desarrollo del modelo social, el de la unión económica y monetaria..., lo tenían vetado. De modo que, el que se vayan, facilita también afrontarlo de nuevo. Concretamente, la propuesta de Guy Verhofstadt –líder de ALDE- del 17 de julio en la Comisión Constitucional es muy completa. Lo dice todo. Pone un programa sobre la mesa que está en fase de enmiendas pero que contiene un mensaje claro: hace falta una nueva convención

européa y hay que hacerla en 2017, sesenta aniversario del Tratado de Roma. Su idea es clarísima: para dar los pasos que nos faltan hay que cambiar el Tratado; y es el momento porque los británicos ya no nos van a poner más pegos.

Entonces, el brexit ¿es un shock o una oportunidad?

Las dos cosas. Yo soy de los que creen que es mejor que el Reino Unido siga en la Unión Europea. Y digo que es mejor que siga porque todavía no se ha decidido lo que va a pasar. En la sesión que tuvimos en la Comisión Constitucional del Parlamento Europeo a primeros de septiembre, en la que intervine en calidad de experto, los dos portavoces británicos, del grupo conservador y del grupo laborista, fueron muy claros al decir que de momento no se ha tomado la decisión de solicitar la aplicación del artículo 50 para iniciar el procedimiento de salida.

¿A pesar del referéndum?

Quizá. Veo a los propios analistas británicos divididos. La hipótesis que manejan es que la decisión no se tomará hasta dentro de seis meses o un año. Y ahí viene otra cuestión: la línea oficial de la Comisión es que, cuanto antes, soliciten la salida para poder negociar. Pero leyéndolos a ellos, lo que veo es que sostienen que para qué van a correr. Porque, además, la relación mientras tanto sigue igual. La solidaridad sigue. El New York Times de 14 de septiembre destacaba cómo a la primera ministra británica, Theresa May, la llaman “Maybe” (“tal vez”), dada su ambigüedad. Sin embargo, en la Convención de su partido, de finales de septiembre, ha apostado por la política de dureza.

Aquí parece que se insiste en dar por hecho que se van y, además, castigarles, que no se vayan de rositas. No tiene sentido. Hay que buscar, en caso de que se vayan, una fórmula que sea buena para todos, especialmente para los ciudadanos.

¿Quién pierde más con la salida británica de la UE?

Será más duro para ellos. Puede llevar a la desaparición del Reino Unido. Están el caso escocés y el irlandés. Hay teóricos que dan por hecho que Escocia no sale de Europa. Incluso se analizan en varios textos los tiempos. Se sugiere que podría



haber un referéndum en 2019, cuando ya la población se dé cuenta de los perjuicios que tiene para ellos. Precisamente por eso, tampoco habrá un primer ministro británico que quiera correr. Igual tiene que buscar soluciones antes.

¿El factor escocés también se valora en la Unión Europea?

Las autoridades europeas han tenido el mayor esmero en tratar lo mejor posible a los escoceses. La posición de la UE es conseguir que los escoceses no se sientan mal para no provocar esa separación. Sin embargo, la posición española ha ido en sentido contrario: a los escoceses, ni agua. Esto no tiene sentido, sobre todos si lo que pretendes es que no se vayan.

¿Pueden estar pensando en Catalunya y Euskadi?

Claro, pero es que es al revés: si a Catalunya y Euskadi se les trata bien no se plantearán irse. Habrá que buscar entre todas fórmulas en las que se sientan cómodos.

Pero, en el Reino Unido, el riesgo de secesión se refuerza por el deseo de Escocia de mantenerse en la UE y en España ocurre lo contrario: si se aspira a la secesión se amenaza con la salida de Europa.

La política de austeridad ha llevado a percibir en peligro o incluso en vías de desaparición el modelo de sociedad del bienestar

Es porque el de la política gubernamental es otro nacionalismo. Desde luego, la posición de la Comisión es la contraria. Es la de buscar soluciones con el Reino Unido en su conjunto y, en caso de que no, llegar a un acuerdo en donde técnicamente se aplique lo que llamamos una integración diferenciada hacia afuera. Que, en definitiva, es que no se pueden romper cuarenta años de integración. Desde el punto de vista comercial, desde el de las cuatro libertades –la libre circulación de personas, mercancías, servicios y capitales- habrá que mantenerlo, aunque ellos digan que no. Habrá que mantener casi todo menos la participación en las instituciones. La fórmula es estar dentro en una situación especial, como hasta ahora, o estar fuera en una situación especial.



En Europa va cuajando un modelo de soberanía compartida en todos los grandes temas

Los británicos ya acumulaban el mayor número de excepciones...

Claro, por eso hay quien sostiene que, ahora, que se enteren, que lo sufran. Eso es absurdo.

¿Hay margen para mantener esa relación diferenciada?

Lo hay. Sobre todo porque la capacidad de negociación que tenía Londres antes del brexit a la que tienen después ha cambiado completamente. Antes ellos tenían la bomba de relojería. Amenazaban con ella para que no reventara. Pero es que ahora ha reventado. Ya se ha producido la explosión

y no tienen nada con qué negociar. La Unión Europea tiene las de ganar. Es casi siete veces más en su peso económico. Las exportaciones de la Unión Europea al Reino Unido significan el 10% del total, mientras que las del Reino Unido a la Unión Europea son casi la mitad del total de sus exportaciones y suponen el 12% de su Producto Interior Bruto (en el caso de la Unión Europea solo el 3%).

Pero la ruptura ya está, no se puede amenazar con ella...

Sí, pero sí se puede amenazar con que se rompan las relaciones comerciales (lo que les obligaría a gestionar los 200 acuerdos comerciales con todo el mundo que les afectan) o con que haya aranceles, lo que es un problema para ellos tremendo. Para Europa, un poquito, pero para ellos, tremendo. Les afectaría en su economía. Ahí está la devaluación de la libra en el último año, especialmente desde el referéndum y en las últimas semanas de forma progresiva, sin dejar de caer. Hay un millón de británicos en España, el doble de los oficialmente reconocidos, y tres o cuatro millones más en Europa, así que es posiblemente más lo que les vincula con sus emigrantes que el problema de inmigrantes que ellos tienen en casa.



Hay un referendo en las urnas a la decisión de salir de la UE, ¿cómo se puede frenar la decisión?

Sí, pero además hay otro problema práctico. Aproximadamente tres cuartas partes del Parlamento británico están en contra del brexit. Y quieren votarlo en el Parlamento. Hay un informe jurídico que sostiene que el Gobierno es el competente para solicitar la salida, pero otros profesores dicen que una decisión fundamental para el Reino Unido, posiblemente la más importante de su historia contemporánea, no se puede saltar el Parlamento en un sistema que es la cuna del parlamentarismo, como es el británico. Y este Parlamento puede decir que no.

¿Y cuáles son los riesgos de la salida para la UE?

Pierde un socio económico importante. Pero lo normal es que se establezcan unas relaciones económicas que lo alteren muy poco. Y desde el punto de vista político hay algunos efectos pero, por otro lado, le va a permitir avanzar en temas que el Reino Unido ha estado vetando. Como la defensa común. El Reino Unido, en la medida en que se da cuenta que la UE va a avanzar sin ellos y que ya no pueden volver o lo harían en muy peores condiciones, también se plantea internamente mantener la defensa de sus intereses desde dentro.

A ellos, además, les va a afectar a su crecimiento en un par de años. La gente va a recordar que les habían vendido lo contrario con la salida. A Europa también le afectaría, pero si a la media de la UE le lastra con el 0,1 ó 0,2% del crecimiento, a ellos les va a restar un 1%. Eso calará en la opinión pública.

Entonces, ¿qué nos hace ser tan pesimistas a la opinión pública?

La política de austeridad ha llevado a percibir en peligro o incluso en vías de desaparición el modelo de sociedad del bienestar. En ese aspecto, en el sur, y concretamente en España, con unas medidas de austeridad demasiado duras, ha complicado más.

Otra razón son los propios problemas políticos españoles. Para empezar, en España no existe un lobby proeuropeo fuerte. En el Reino Unido, en el seno del euroescepticismo, el lobby proeuropeo es

potentísimo. El Movimiento Europeo tendrá cuarenta asociaciones; en España no habrá más de ocho o diez agrupaciones realmente comprometidas. Lo hubo hace 30 o 40 años, pero ahora, como todo el mundo dice que es europeísta, parece innecesario serlo; pero no es así.

Y hay un tercer factor. Durante el último año había un pacto tácito de no hablar demasiado sobre Europa y su proyección para no complicar el tema del brexit. Eso ha llevado a que nadie hable bien de la Unión Europea en los últimos meses cuando, sin embargo, se han dado pasos importantes. El plan de inversiones de Juncker es importantísimo. Se han gastado en un año 110.000 millones de euros que nadie pensaba que se podrían invertir. El caso es que en España se han llevado muy poco, pero ese es otro problema, porque estaban mirando para otro lado y no se ha pedido. Y no se ha dado. Así que aquí la impresión es que el plan aplicado es un fracaso, que no ha servido para nada. Pero se han cumplido los 300.000 millones de inversión del plan anterior. Y ahora el presidente Juncker, en el discurso del Estado de la Unión de 14 de septiembre, se ha comprometido a doblar esa cifra, hasta 600.000 millones, en los dos años largos que quedan hasta finalizar la legislatura.

Esa idea de que los populismos pueden acabar con Europa es al revés: Europa, y más Europa, es la que puede acabar con esos populismos nacionales

¿Han desaparecido todos los europeístas de hace treinta años?

Es difícil de medir. Una parte es subjetiva. Hace 30 años, España recibía una ayuda equivalente al 1% de su PIB. Eso es lo que en Bruselas llaman la lluvia fina. Ahora no llegará a una décima parte. Llegará algo a Andalucía o Extremadura; a Euskadi ya prácticamente nada.



Además la austeridad ha afectado a la gente. Y, en tercer lugar, se ha creado ese ambiente pesimista en los medios de comunicación. No han transmitido el gran cambio que se ha producido, que es que el actual presidente de la Comisión, Jean-Claude Juncker, ha sido nombrado como consecuencia de los resultados electorales en el Parlamento Europeo, en aplicación del artículo 37.7 del Tratado de la Unión Europea. Por todo ello, hoy el presidente de la Comisión es presidente de un cuasi gobierno federal, y tiene el apoyo del 60% de la cámara, gracias al respaldo del Partido Popular Europeo, los socialistas y los liberales.

Se diría que se ha terminado el déficit democrático que se le reprocha a la UE...



Siempre se habla de eso, pero ahora ya no lo hay. Hay una Comisión que tiene el monopolio de la iniciativa legislativa, que tiene grandes poderes y se aproxima muchísimo a un Gobierno federal. Y que es democrático porque ha sido elegido por la mayoría de la cámara, que representa a la mayoría de los votantes y que le puede mandar a casa en cuanto haya un voto de censura con una mayoría distinta. Es un sistema parlamentario bastante completo. Ese cambio de mensaje, en general, no ha calado en la sociedad española porque no se acaba de contar bien.

¿El clásico proceso interestatal tiene ahora un contrapeso?

Por una parte, quizá sí se ha producido un reforzamiento del intergubernamentalismo en los últimos años, del papel de los Gobiernos en el seno

del Consejo, consecuencia de la crisis económica. Pero, sin embargo, el modelo que sale del Tratado de Lisboa de 2007, en vigor desde diciembre de 2009, es el del Tratado Constitucional que no se llegó a aprobar en 2005. Ese modelo que se rescata en Lisboa es el que se denomina de federalismo intergubernamental, que tiene la legitimidad de ser una unión de Estados y ciudadanos. Y está también el modelo federal. Eso implica que va cuajando un modelo de soberanía compartida en todos los grandes temas: la libre circulación de personas, la moneda, el avance en materia de diplomacia común, la unión bancaria... y ahora posiblemente la defensa común.

Ha nacido una diplomacia distinta a la de los Estados miembros, compatible –que quiere decir

que no hay jerarquías- con la de los Estados miembros, y que tiene ahora mismo la diplomacia más grande que hay en el mundo. En seis años se han puesto en marcha más de 4.000 funcionarios en una administración central y en 140 delegaciones. Más que los Estados Unidos, si descontamos su parte militar. Y de ellos son dos tercios funcionarios de la Unión y un tercio diplomáticos de los Estados miembros que actúan en nombre de la Unión.

Este es uno de los grandes cambios: el del Servicio Europeo de Acción Exterior. A Catherine Ashton la criticó todo el mundo porque se quedaba corta. Discutible. Pero de lo que nadie tiene duda hoy es de que Mogherini es un fenómeno de la naturaleza y que está consiguiendo un apoyo tremendo en relación a ampliar los márgenes y límites de la política exterior europea. Se le critica por lo



contrario por parte de algunas de las diplomacias de los Estados miembros; por haber ido demasiado lejos.

Pero si algo se reprocha a Europa es su escaso papel diplomático, precisamente...

Podemos decir que en la actualidad es un actor global, con protagonismo creciente desde los cambios en Europa y en el mundo, pero que todavía no juega los papeles que le corresponden de acuerdo con los indicadores de renta (es la primera economía mundial), de cooperación al desarrollo, de ayuda humanitaria, de participación en la financiación del sistema de Naciones Unidas (en estos tres aspectos aporta casi la mitad del total de la comunidad internacional)... En la actualidad no solo

serie de condiciones por las que tienen que pasar si quieren contar con la Unión Europea. Por no citar otros temas como la resolución de Naciones Unidas sobre desarrollo sostenible, que es fundamentalmente europea y de América Latina. Y eso a veces se olvida.

Pero le ha hecho daño su falta de presencia en los conflictos de su entorno...

En la gestión de crisis nunca hemos jugado papeles como Unión. Los han jugado los Estados. Pero en los últimos quince años la Unión Europea ha participado en más de treinta operaciones de gestión de crisis, de las cuales la mitad militares, siempre con la autorización del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas.



es un actor global, sino que es un actor diplomático y normativo, entendiendo por normativo –siguiendo la concepción Manners- el actor que es capaz de incidir en los asuntos mundiales gracias a la transformación de las normas.

¿Dónde se materializa esa eficacia?

Se nota en la gobernanza mundial en temas como la pena de muerte, que consigue las moratorias en muchos países, o como el cambio climático, porque el éxito de París no es atribuible a Francia sino a toda la Unión porque llevan cinco años previos negociando con EE.UU., con China, etc. Cada vez que Europa va a donde le piden ayuda al desarrollo empieza por recordarles los derechos humanos, el modelo democrático, el Tribunal Penal Internacional, el convenio de cambio climático y una

Estamos en un contexto de amenazas y riesgos de Europa como no ha tenido posiblemente desde la segunda guerra mundial. Y, por lo tanto, tenemos que tomar decisiones para hacerles frente y, entre ellas, desarrollar una política común de defensa compatible con la OTAN, no subordinada a ella. Se trata de poner en marcha precisamente la Cooperación Estructurada Permanente, que es el paso decisivo en la política de defensa para que haga creíble nuestra alianza defensiva, activada en noviembre de 2015 a petición francesa. Sin embargo, hay que dejar claro que el desarrollo de la defensa no debe alterar el carácter de potencia normativa.

Entretanto y con las tensiones internas por los refugiados, ¿no hay peligro de reducir la UE a un modelo de mercado y moneda compartida?



Hay un riesgo de renacionalizar algunas políticas. O que se quieran hacer referendos en otros sitios. Pero yo creo que no. Ahora vemos mucho al grupo de Visegrado –Hungría, Polonia, Eslovaquia y República Checa- por el tema de los refugiados, ya que se oponen a la admisión de los mismos. Pero el margen de maniobra que tienen esos cuatro países es muy limitado. Porque, en definitiva, ahora tienen un problema de seguridad y defensa que depende de la colaboración europea. Y, segundo, tienen unos fondos estructurales que son agua de mayo. En última instancia, creo que no pueden forzar tanto. La Unión Europea tiene experiencia en utilizar esa llave para abrir atascos. Sólo hay que ver que, en el caso español, los fondos de ayuda se han reducido muchísimo pero ya están en riesgo por incumplir el mandato de la Comisión y pueden llegar sanciones muy rápido.

Los dirigentes de los Estados nacionales más nacionalistas no acaban de aceptar que hay una soberanía compartida hacia arriba

Esa sensación de fractura este-oeste por los refugiados y norte-sur por la crisis, ¿hasta qué punto es profunda?

Hay tensiones, pero de ahí a que se produzca una fragmentación, yo no creo en ello. Incluso el brexit, a pesar de lo que se ha dicho, está generando un fortalecimiento de la cohesión entre los 27. Por lo que se refiere al populismo de la extrema derecha, por ejemplo, yo creo, en contra de lo que se suele decir, que no es un problema europeo sino de cada Estado. En Francia la extrema derecha ganó las elecciones de 2014 al Parlamento Europeo y en Reino Unido ganó el UKIP. Más recientemente, estos partidos han mejorado sus posiciones en Alemania, en Polonia y en Hungría, llegando a ganar en Austria. Pero, sin embargo, en el seno del Parlamento Europeo son el sexto o séptimo grupo parlamentario (no llegan al 10% del total), por lo que su capacidad de influencia es muy limitada y no afectan a la gobernabilidad europea. Es un problema de algunos Estados

importantes y en cada caso tiene características distintas. En las instituciones europeas el problema es bastante menor. La Comisión tiene un apoyo parlamentario que probablemente no tendrá ningún otro Gobierno europeo, que se traduce en una enorme estabilidad. La opinión pública sostiene que es un problema europeo, pero yo no lo veo así. Esa idea de que los populismos pueden acabar con Europa es al revés: Europa, y más Europa, es la que puede acabar con esos populismos nacionales.

Pero, ¿es una salvaguarda suficiente para que no se reproduzca la coincidencia de populismos de los años 20 del siglo pasado que, sumados a una crisis económica, nos llevaron a un desastre?

Nunca se sabe, pero, en definitiva, la guerra se produjo como consecuencia de un nacionalismo exacerbado. Precisamente Schumann decía que hubo una guerra porque no tuvimos Europa. Hoy la tenemos y tenemos soberanía compartida. Hoy esas reflexiones de entonces no están sobre la mesa. Y, sobre todo, hay una estructura económica, una solidaridad de hecho que hace impensable y estructuralmente imposible cualquier enfrentamiento. Eso es lo que han conseguido los setenta años de construcción europea. Las cuatro libertades no son una tontería, ni las instituciones comunes, ni las políticas, incluida la política de cohesión y los fondos estructurales.

Ha citado la soberanía compartida. ¿Por qué parece más defendida por los nacionalismos sin Estado y quienes han experimentado sus ventajas en el proceso europeo, los Estados, no extienden el principio?

Es una buena pregunta. Clásica. Precisamente porque los dirigentes de los Estados nacionales más nacionalistas no acaban de aceptar que hay una soberanía compartida hacia arriba. No les gusta reconocer eso. Y, desde luego, tratan de retardarlo lo más posible. Hasta que no queda más remedio, como el tema de la diplomacia o la defensa. La administración, la esencia del Estado, todavía tiene la idea de proteger su espacio. Pero claro que hay que ir a la soberanía compartida; no hay otra.

En ese discurso está Iñigo Urkullu: soberanía compartida e interdependencia. ¿Es Europa una vía para introducir fórmulas alternativas al



debate del Estado nación contra los nacionalismos sin Estado?

Yo no tengo la menor duda. Enrique Barón publicó el año pasado un libro sobre federalismo. En el G-20, la mayor parte de los Estados son federales. Excepto Francia y China (aunque de alguna manera tiene también un sistema de cantones), las principales potencias en el mundo, los que mandan, son sistemas federales. En el caso español o europeo son las dos caras de la misma moneda: no hay otra vía que la del federalismo. Hay que dar un paso más en la línea de Altiero Spinelli, de cuyo manifiesto federalista celebramos este año el 75 aniversario. Dentro de eso, en Europa hay que darle cabida a las regiones. El Comité de las Regiones es importante y ha jugado un papel, pero tiene que jugar muchísimo más.

El famoso Plan Juncker, con sus 500.000 millones en los próximos años, lo tendrían que gestionar en mayor medida las regiones. Hay una declaración interesantísima en julio de 2016 en Bratislava, del Comité de las Regiones, que se llama "Inversión y Conectividad" y es un programa potentísimo que busca conectividad entre regiones, no entre Estados, mediante inversión que manejen las regiones.

Si se pone en marcha la convención que revise el marco constitucional de la Unión Europea, habrá que revisar el estatuto de las regiones. Darle mucho más peso político a las regiones porque están mucho más cerca de la ciudadanía que los Estados. Y habrá que dar un estatuto específico a las que tienen competencias legislativas. Porque desde que se creó el Comité de las Regiones hace casi 25 años, en Maastricht, no se ha cambiado nada. Se ha desarrollado, pero no se ha profundizado. Y Euskadi ha jugado un papel, pero puede jugar mucho más. Y más ahora, que tiene indicadores que le permiten ser un referente en materia social, en materia de su modelo, que es el modelo europeo.

¿La estructura institucional europea es un aliado en ese camino?

El Parlamento, sí; y la Comisión, también. Y no cabe duda de que en el Consejo algunos Estados más que otros. Las posibilidades son inmensas. Si no se avanza tiene que ver con las inercias, no por problemas de fondo. Pero, además, habrá que reformar la Constitución española. Con la reforma se podría avanzar mucho más.

¿Pese a los límites que se le atribuye al texto constitucional?

Yo no tengo duda de que el texto daba margen para más desarrollo del que se ha conseguido en materia regional. Pero, además, es el momento de establecer una estructura más acorde. Tendría que haber un capítulo sobre Europa que recoja todos estos aspectos y quepa el desbordamiento federal a nivel europeo, que ahora mismo no encaja.

En la próxima reforma del Tratado de la Unión hay que introducir el blindaje a las políticas de bienestar. Y justamente en eso Euskadi está muy avanzada. Puede aportar su experiencia

En Europa, cuando se intentó adoptar una Constitución común resultó frustrante...

Sí. Se celebró la segunda convención -la primera fue la de la carta de derechos fundamentales- en 2002-2003, bajo presidencia de Giscard, con objeto de acercar Europa a los ciudadanos reformando los tratados. Se llegó a la conclusión de que hacía falta una Constitución para Europa. Se aprobó ésta y después se sometió a referendo en solamente cuatro países. Se iba a someter en más, pero en la medida en que en Francia y Países Bajos salió que no, se suspende porque hacía falta unanimidad de los Estados para su entrada en vigor. En todo caso, hay que recordar que el total de los síes fue superior al de los noes (aproximadamente 26 millones de votantes frente a 24), por lo cual, a pesar de la no entrada en vigor de la Constitución, ésta gozó de una determinada legitimidad democrática, que es la que sirvió para rescatar los aspectos sustanciales de la misma a través del Tratado de Lisboa.

Lo que propone Verhofstadt es que sea a través de un referéndum único, con un electorado único y que los Estados que no quieran sumarse se queden fuera. Y con una mayoría de Estados de cuatro quintos, súper cualificada. Que uno, dos o



tres, ahora que somos 28 y en el futuro 32 ó 35, no frenen el desarrollo de los tratados. Hasta ahora, los Estados siguen siendo los “señores” de los tratados. Lo que queda pendiente es pasar de “nosotros los Estados” a “nosotros los ciudadanos”, paso que a lo mejor se consigue en menos de una década.

Y para acometer ese reto, ¿tiene líderes Europa?

Siempre se dice que no hay. Yo creo que las circunstancias hacen los líderes. Cuando empezó Köhl nadie creía que sería un personaje. Yo sí creo que habrá líderes. Hace falta una voluntad colectiva, un empoderamiento de las regiones, de la ciudadanía. Habrá que dar pasos en los partidos políticos europeos, que hasta ahora no funcionan del todo como tales. Pero hay líderes. Y saldrán nuevos.

¿Y serán capaces de mantener o recuperar el modelo de bienestar europeo?

El modelo de bienestar tiene que seguir siendo el emblema europeo. El patrimonio más importante que tenemos los europeos es el modelo de sociedad del bienestar. En este mundo del siglo XXI todos los Estados son capitalistas pero hay al menos tres modelos de capitalismo: el americano, que es mercado por encima del Estado y la sociedad; el chino, que es un equilibrio entre mercado y Estado y la sociedad está olvidada, y el nuestro, el europeo, que es un equilibrio entre mercado, Estado y sociedad. Y la sociedad pesa muchísimo en esa configuración de los equilibrios. Durante estos ocho años de crisis ha perdido bastante el modelo social de bienestar. Sobre todo en el sur. No en el norte. Yo espero que esto sea un paréntesis. Y esa idea de que no es sostenible..., será con crecimientos pequeños. Pero, ¿por qué no va a ser sostenible con un Estado que participe en el crecimiento con una lógica keynesiana?

Sin embargo, se está vinculando precisamente la recuperación del crecimiento a la renuncia a los estándares de bienestar...

Yo en eso no creo. Ya sé que eso es lo que se está planteando en algunos escenarios. Pero no es necesario. Incluso la política de Draghi –presidente del BCE- no es esa. En el discurso de Juncker se habla de la flexibilidad, de una reinterpretación de los criterios de convergencia. Lo que está claro es que, ante la crisis, que vino desde Estados Unidos,

los americanos nos contagian y salen de la crisis enseguida por una política expansiva. Nosotros nos hemos equivocado. Y eso es importante: reconocer que ha habido unas políticas económicas de austeridad equivocadas. De los gobiernos de los Estados miembros y de la Unión. Pero frente a eso, la solución no es decir “queremos otra Europa”. No, no; la que había estaba bastante bien. Lo que hace falta es recuperar y blindar ese modelo social que tenía Europa. Hasta ahora el modelo social era de los Estados; justo ahora también estábamos logrando que fuera el del conjunto de la Unión.

Esta es otra reforma que hay que hacer en el tratado, para blindar esas políticas de bienestar. Y justamente en eso Euskadi está muy avanzada. Puede aportar su experiencia. A mí no me cabe la menor duda de que es perfectamente compatible. El modelo menos malo que hay en el mundo es el nuestro. Eso no podemos perderlo. Es lo que ha permitido incluso la paz entre los europeos durante setenta años. Hay que insistir en ello. Eso son políticas y es cohesión regional y estatal. Y, concretamente, en relación al empleo, el gran empujón tienen que darlo los fondos europeos, como se hizo con la cohesión y los fondos estructurales, que es lo que permitió crecer a España y también a Alemania vendiendo locomotoras. Ese es el modelo europeo.

¿Y el cuestionamiento de la moneda única? Los críticos de la gestión equivocada de la crisis económica también cargan contra ella...

Ese es un debate abierto. Ahí está Joseph Stiglitz entre los que plantean que la unión monetaria ha sido un inconveniente para salir de la crisis y que hace falta prescindir de ella. Le contestaba Joaquín Almunia en la posición contraria, sosteniendo que hemos salido de la crisis precisamente gracias a la moneda única. Es un debate largo y yo coincido completamente con Almunia en eso. Creo que se equivoca Stiglitz, aunque es un gran economista. Creo que hay que seguir fortaleciendo la unión monetaria y se van a seguir incorporando países en cuanto estén en condiciones. Pero la fórmula de las distintas velocidades tiene que ser una herramienta transitoria. Tenemos que ir a un modelo federal único; el que no quiera pasar por eso, que se salga y enganche con el Reino Unido, por ejemplo, que va a quedar entre dos aguas en una integración diferenciada desde fuera.